

El macluhanismo ha estado y ha dejado de estar de moda entre nosotros. Visto y no visto, especialmente no visto, el cuerpo «doctrinal» de Marshall McLuhan ha pasado como un cometa por nuestro cielo provinciano. Desde abajo, los lugareños hemos presenciado su paso un tanto aliviados, como si no fuera cosa nuestra, como si fuera una muestra más de la arbitraria cultura anglosajona y nada tuviera que ver con los planteamientos celtibéricos. Y, sin embargo, la televisión ya empieza a tener en España las características que le han hecho el medio de comunicación de masas por excelencia, el más condicionante de todos los demás. El planteamiento de McLuhan otorga a la TV no sólo un carácter de medio de comunicación hegemónico, sino un carácter sustantivador de la cultura y las creencias del hombre del futuro. La forma de transmisión de un contenido comunicativo —según McLuhan— es más importante que el contenido mismo. «Las sociedades se han configurado siempre en mayor medida por la naturaleza de los medios utilizados por el hombre para comunicarse que por el contenido de la comunicación». Siguiendo las tesis de McLuhan, la conciencia del hombre occidental, una conciencia eminentemente individualizada, está más condicionada por el libro y la letra impresa, como forma de comunicación, que por el contenido de esa comunicación: «Hoy resulta natural hablar de "auxiliares audiovisuales" para la enseñanza, ya que seguimos pensando que el libro constituye la norma y los otros medios son incidentales. Pensamos también en los nuevos medios (prensa, radio y televisión) como medios de comunicación de masas, y en el libro, como forma individualista, porque el libro aísla al lector y ha contribuido a crear el "yo" occidental». Más adelante, en estas mismas páginas de «El Aula sin muros», el profesor canadiense razona: «Hoy, en nuestras ciudades, la mayor parte de la enseñanza tiene lugar fuera de la escuela. La cantidad de información comunicada por la prensa, las revistas, las películas, la televisión y la radio, excede en gran medida a la cantidad de información comunicada por la instrucción y los textos de escuela». Hay, por parte de McLuhan y, en general, por parte de toda la cultura anglosajona, una fidelidad a las reglas de la evidencia. A veces, nada hay tan falso como la evidencia, porque ya constituye un principio de falsedad la aceptación de la evidencia injusta o de la evidencia envilecida, y McLuhan fundamenta toda su escatología televisiva en la aceptación de los hechos evidentes y consumados,

# Televisión frente a Literatura

por Luis Dávila



la aceptación de una situación cultural determinada como un hecho a asumir y no un hecho a distanciar y criticar en función de su relación con el contexto histórico total.

## La destrucción de la conciencia crítica

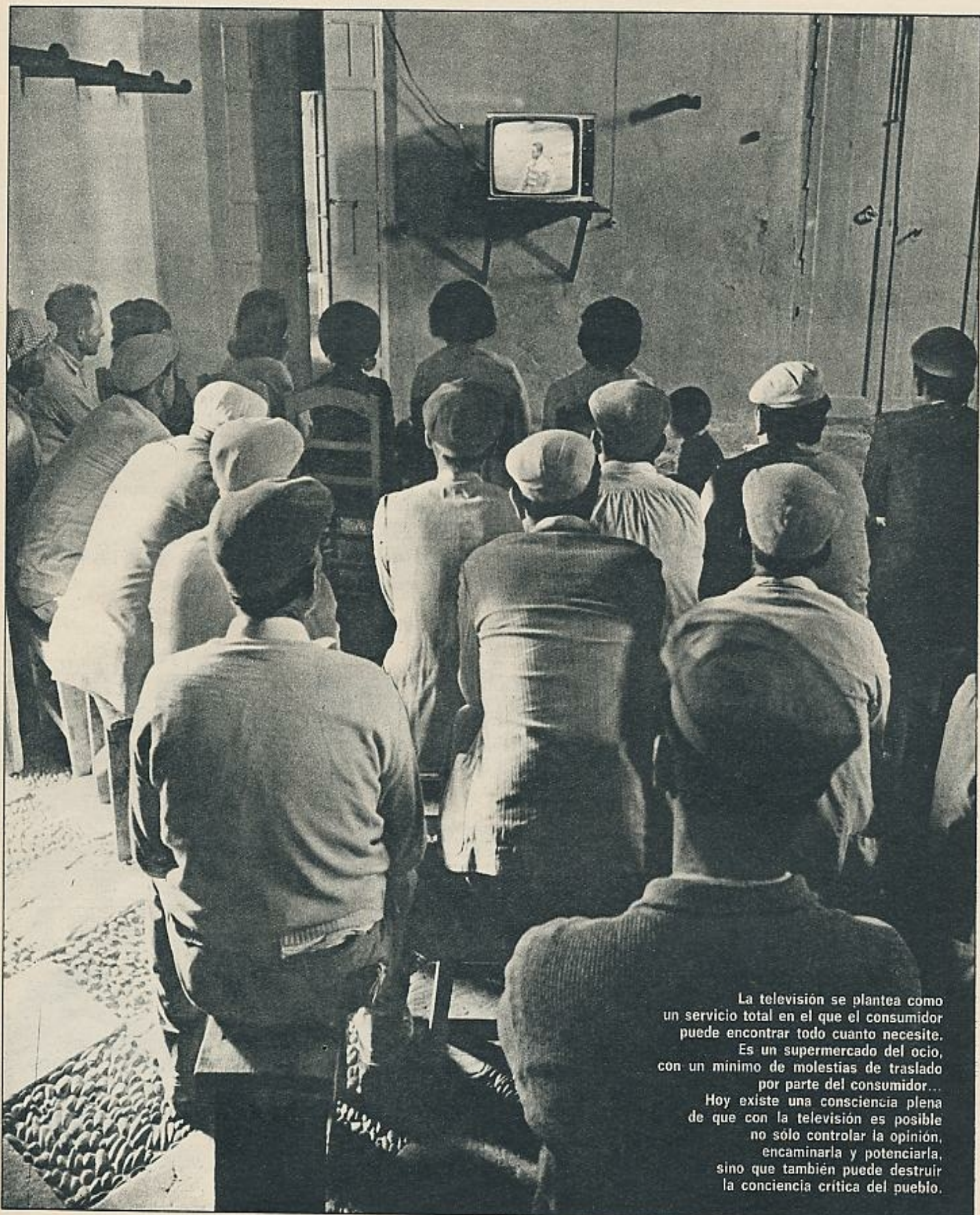
El libro, como medio de comunicación (prescindimos de lo que ese libro dice), ha creado unos mecanismos de aprehensión cultural que convierten al sujeto lector en un coautor. El libro, y la operación de leer en general, permite el forcejeo intelectual, permite la reflexión, la discrepancia, la relectura. La televisión, no. Cuidado. Sería injusto caer en la trampa de las bondades y maldades evidentes y deducir con inmediatez que, en consecuencia, la operación de leer es positiva y la operación de tele-ver es negativa. Esta sería la posición de McLuhan si invirtiera su postura valorativa. Una cosa es el medio como creador de unos mecanismos de aprehensión y otra la utilización positiva o negativa de esos mecanismos de aprehensión.

De momento, un análisis de la utilización del medio televisivo en todo el mundo nos lo revela como un agente destructor de la conciencia crítica del público. Si McLuhan fuera consecuente con su planteamiento, pasaría a asumir esta consecuencia y a formular que, puesto que la conciencia crítica se destruye a través de la TV, maldita la falta que hacia. Funcionan aquí, una vez más, la predestinación y el fatalismo a «lo occidental», el kamikazismo de cutis blanco y ojos azules. Hay una utilización «interesada» de los medios de comunicación de masas como herramientas de represión y regresión cultural. Esa utilización interesada ya no se conforma con técnicas arcaicas de propaganda anteriores a la era de la TV, es decir, anteriores a la II Guerra Mundial. Hoy existe una conciencia plena de que es posible no sólo controlar la opinión, encaminarla, potenciarla... todo eso es prehistoria. Hoy es posible **destruir la conciencia crítica del pueblo.**

Y para ello tienen un instrumento que es destructor siempre que se le utilice con esa finalidad. McLuhan se ha quedado en un simple análisis de los medios sin ligar dialécticamente ese análisis a los fines. Hoy podemos calificar de luctuosa la evidencia cultural del avance de la televisión sobre cualquier otro medio de comunicación basado en la escritura. No es que con esto condenemos el papel que la te-



## LO SUB



La televisión se plantea como un servicio total en el que el consumidor puede encontrar todo cuanto necesite. Es un supermercado del ocio, con un mínimo de molestias de traslado por parte del consumidor... Hoy existe una consciencia plena de que con la televisión es posible no sólo controlar la opinión, encaminarla y potenciarla, sino que también puede destruir la consciencia crítica del pueblo.



levisión (incluso por encima del libro) puede cumplir en la educación y en la necesidad de evasión del público, sino que damos a la TV el valor que tiene como instrumental bélico en el contexto de la contradicción fundamental universal.

Este análisis de partida puede trasladarse íntegramente a la relación televisión-literatura, que de momento se ha resuelto por una simple corrupción literaria ejercida por la TV, siendo excepciones determinadas unidades expresivas televisivas que hoy podemos considerar como punto de partida para una futura evolución de la TV como medio expresivo propio. De momento, la TV se ha limitado a utilizar la literatura para desvirtuarla ante las masas. Partiendo, una vez más, de la providencial evidencia de un estado del gusto comunitario y sin

el más mínimo propósito transformador, la TV se ha limitado a ratificar el «status» literario que más interesaba al sistema (basta ver la programación del teletatro o de la telenovela) o ha tratado de oponerle sus mecanismos peculiares para crear subgéneros (tefilm).

### Las telenovelas

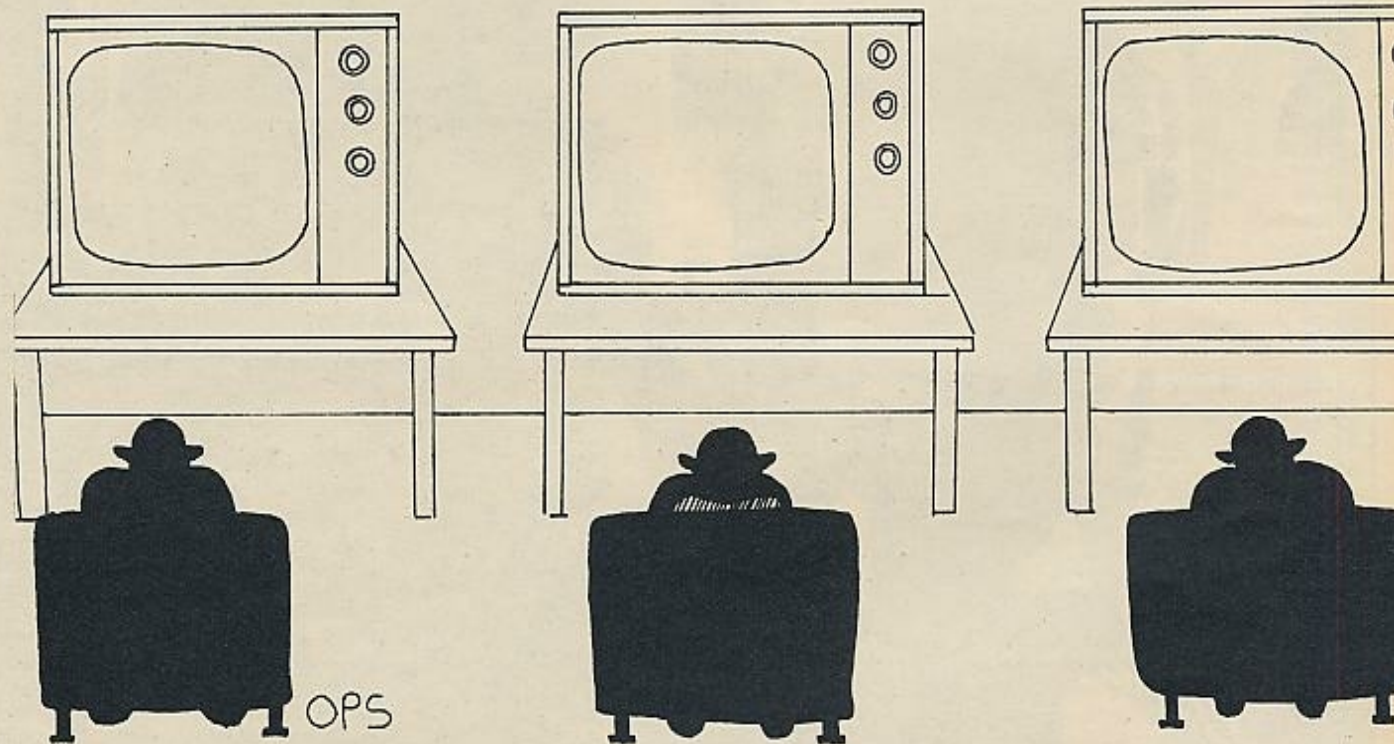
La cultura anglosajona (expresión por excelencia del capitalismo) ha creado el culto a la digestión. No es de extrañar que las publicaciones de máxima tirada sean los *digestos* («Reader's Digest», como el más conocido), basados en la traducción de cualquier tema a un lenguaje total-

mente asimilable por cualquier público. Una variante del *digesto* es la «traducción» de textos literarios a niveles lingüísticos más «digeribles». La TV se aplica entonces sobre el texto literario original con una inmensa capacidad de maniobra. Ante todo, puede discriminar, y así vemos cómo se seleccionan novelas bajo el pretexto de sus naturales cualidades televisivas y, una vez seleccionadas, se manipulan bajo idéntica motivación. Los televidentes pueden «ver», de este modo, la literatura sin necesidad de leerla, y llegan a situarse ante ella como ante un hecho cultural absoluto que precisa de la actualización de la televisión.

Se ha especulado mucho sobre el antagonismo base entre TV y cine o TV y teatro, pero más bien se trata de un antagonismo coyuntural planteado al nivel in-

dustrial y comercial. La TV puede integrar con fidelidad lingüística (con un mínimo de degradación cultural) al cine y al teatro. Pero el antagonismo real planteado por la TV se dirige, sobre todo, a la cultura escrita y a la palabra como expresión de la idea. La opción palabra-imagen adquiere en la TV una definitiva disyuntiva; definitiva, porque es una disyuntiva exterminadora. La TV cubre todo el tiempo de ocio cotidiano de la inmensa mayoría, incluso aquellos ratos perdidos utilizados para la lectura de literatura de consumo. La TV puede sustituir uno por uno todos los nexos que aún ataban al pueblo con la literatura.

Cada uno de los subgéneros literarios que integran la literatura de consumo tienen su victoriosa réplica televisiva: la novela de aventuras (con todas sus gamas),





# LO SUB

la novela amorosa e incluso puede cubrir la necesidad de esa literatura de consumo de **calidad** (Vicky Baum, Lajos Zilahy, Cecil Roberts, Edna Farber, Margaret Mitchell, Leon Uris, etc., etc.). Y cuando no sustituye el subgénero por un género televisivo equivalente, recurre a lo que ya hemos hablado sobre la manipulación digestiva de textos literarios originales.

Tal vez la organización televisiva liberal y capitalista más típica (la americana, por ejemplo) pueda dar pie al análisis oportunista y factual de McLuhan. Pero habría que oír las críticas de los profesionales de la ORTF (Organización de la Radio y la Televisión Francesa), a raíz del Mayo francés, para comprender hasta qué punto salta a la vista, es asimismo evidente, la insuficiencia de un análisis exclusivamente lingüístico de la TV. Estamos

ante el instrumento político más fabuloso de todos los tiempos, y las denuncias de los profesionales de la ORTF (actuantes según las reglas de un sistema de democracia formal burguesa) se fundamentaban en la raíz de una televisión convertida en monopolio del Estado. Contra lo que pueda parecer, este monopolio no significa una garantía de que la televisión será un instrumento neutral ante la dinámica interna de la comunidad, sino que bajo el patrocinio del Estado tiende a convertirse en un sutil instrumento al servicio del sistema. A través de la programación —razonaban los profesionales de la ORTF— se escoge una sutil red de telaraña que envuelve al sistema y le protege: desde la estela que deja un programa de «Bonanza», hasta la adaptación de una novela de Maurois (y no de

Sartre), o la profusión del «thriller» como excepcional medio de inocular una inconsciente psicosis de defensa en el público: psicosis de defensa y, por lo tanto, de recelo y de insolidaridad.

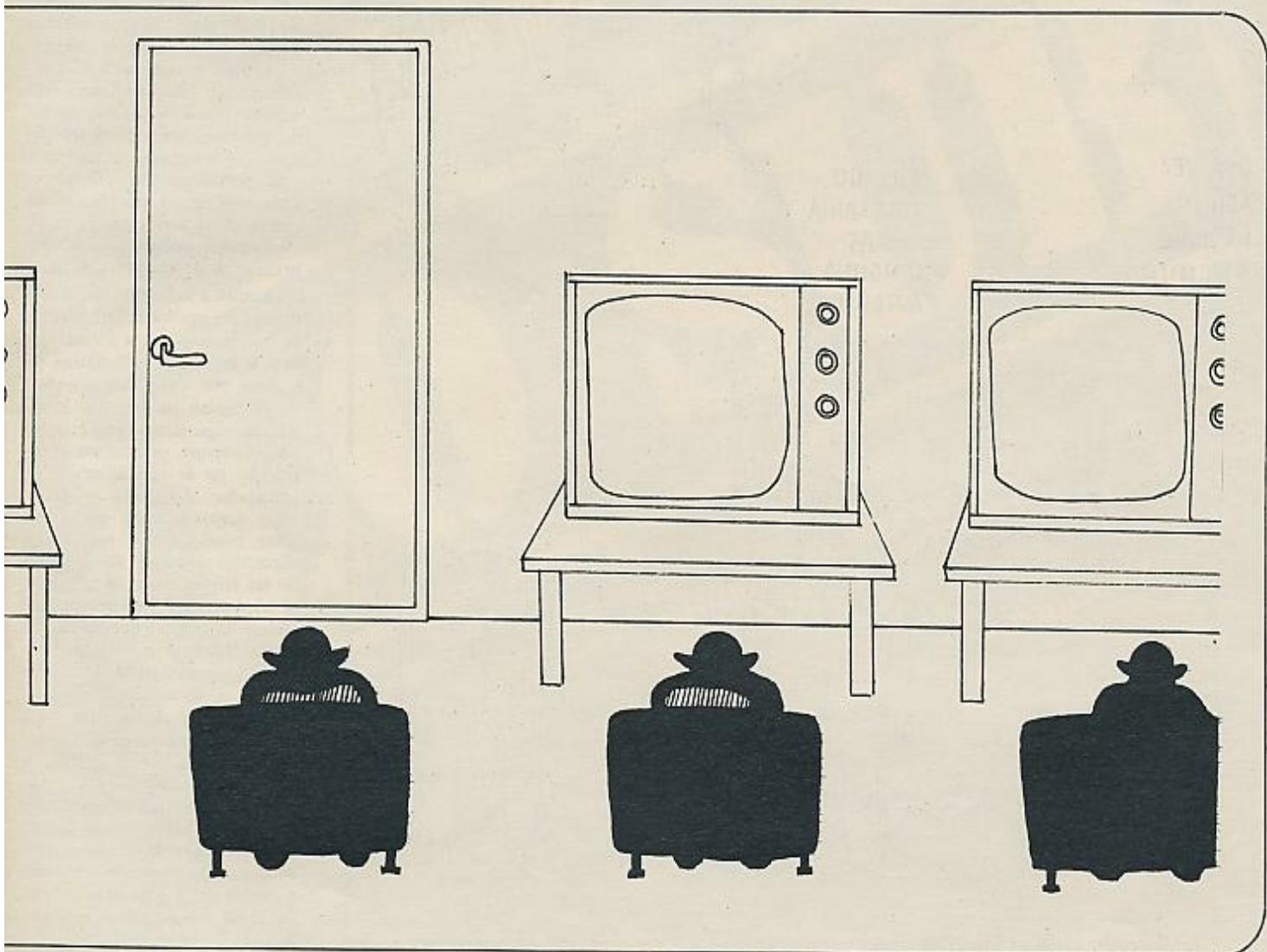
El argumento macluhaniano de que el libro «aisla» y la televisión «uniforma», no puede tener una interpretación superadora, progresiva. La televisión uniforme, pero no para solidarizar, sino para individualizar aún más el conjunto de humanidad sometido a sus propuestas larvarias.

## Los géneros televisivos

La TV se plantea como un servicio total en el que el consumidor puede encontrar todo cuanto

necesite. Es un supermercado del ocio, con un mínimo de molestias de traslado por parte del consumidor. Incluso se le facilita un sistema de control a distancia para que pueda cambiar de canal o de intensidad, brillo o tono, sin moverse de su butaca-placenta.

Este supermercado teleambulante facilita cualquier conexión con la realidad y la ficción que ha caracterizado el ocio humano a través de los siglos. Le suministra información (telediarios, documentales, encuestas, entrevistas) y a un nivel de evidencia muy superior al que hasta ahora hayan podido suministrar los medios informativos prehistóricos. La imagen informativa llega al lector con una inmediatez total, no la filtra el lenguaje transmisor del cronista, que podría introducir gérmenes de distanciamiento





# LO SUB

¡CÓMO ODIABA  
SER NIÑO!.



TIRANIZADO  
POR TODOS...



ENVIDIOSO  
DE LOS OTROS  
NIÑOS PORQUE  
ERAN  
MÁS  
DESPABILADOS.



AMARGADO  
PORQUE  
TODOS ERAN  
EGOISTAS  
Y YO NO.



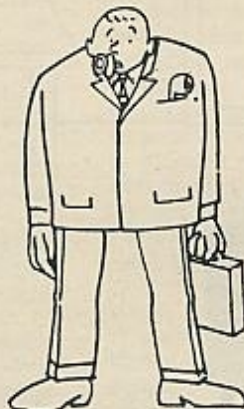
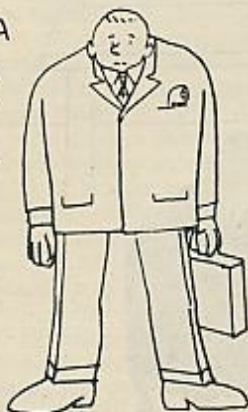
UNA VEZ  
ADULTO  
ME JURE  
A MI MISMO...



QUE NO  
TOLERARIA  
JAMAS  
NINGUNA  
AUTORIDAD.



AHORA  
TENGO  
35  
AÑOS.



y propiciar la actitud crítica del sujeto receptor. Llega avalada por la fuerza incontestable de la imagen, de lo que es y está allí, precisamente en el momento de producirse.

El campo de la ficción queda igualmente cubierto. El equivalente de las novelas de Mallorquí, Estefanía, Alf Manz, Agatha Christie... son «Bonanza», «Cimarrón», «Daniel Boone», «Ironside», «Los Intocables». El equivalente de los Lajos Zilahy y compañía son las telenovelas adaptadas o esas telenovelas que se encargan a escritores de segunda, para cubrir ese otro nivel de literatura de consumo más culturalizada. Y no queda ningún campo por vallar. Incluso el juego como variante del ocio tiene las compensaciones televisivas de los concursos («Un millón para el mejor», «Las diez de últimas», «Los hombres saben... los pueblos marchan»). La realidad, la ficción, el azar..., todas las posibilidades de comunicación humana caben en la pequeña pantalla, pero es una falsa comunicación. En realidad, cada vez más, los «mass media» son medios de in comunicación y control de masas, y ante esta perspectiva, más profundamente real, el estructuralismo macLuhanista se nos revela como una ciencia insuficientemente dotada para comprender su propia perversidad.

El culto a lo factual y a lo evidente hace posible la formulación de que, puesto que la TV sustituye a la literatura, la literatura ha muerto por consenso popular. Es el mismo análisis que legitima la explotación del hombre por el hombre, puesto que el explotado no se rebela contra el explotador. Así como el proletario norteamericano pacta con unas relaciones de producción alienantes a través del médium de un frigorífico o un televisor, el telespectador destruye su conciencia crítica porque no la necesita, destruye su voluntad de lector, de pensador y de crítico porque no las necesita...

¿Es este el planteamiento correcto? O, como dicen los atestados judiciales, ¿no es más cierto que estamos asistiendo a una masiva esterilización mental del pueblo bajo el patrocinio moral de intelectuales, a lo McLuhan, que convierten la evidencia de su impotencia en la evidencia de que las cosas son como son y están?

■ L. D.